

Ya casi perdida toda esperanza, decidió volver a casa cuando de pronto surgió ante sus ojos aquel hombre de aspecto insólito. Tiritando en sus andrajos empapados, probablemente a causa de la lluvia que había estado cayendo durante toda la noche anterior, con el cabello enmarañado, la barba sin afeitar de una semana y un semblante en extremo pálido, cadavérico, caminaba a través de la plaza de la aldea con unos andares desgalichados y un tanto atolondrados, de vez en cuando alzaba los ojos hacia el cielo, tal vez buscando en vano un sol invisible, o para escrutar las nubes grisáceas de ribetes roídos, ropajes de luto desgarrados. Será algún loco, dijo la muchacha, de todos modos intentaré hablarle, a fin de cuentas no pierdo nada. Y pensando que el otro podía saber que ella y su familia eran desterrados, se le acercó, siempre titubeante, aunque más que nada debido a las miradas de las escasas personas que se encontraban allí cerca, incluso a los ojos sin vida de Mete el Ciego, quien, como de costumbre, permanecía estático junto al tronco del gran roble situado en mitad de la plaza, se diría que se vigorizaba de este modo mientras escuchaba el fragor del espeso follaje que se agitaba con el viento en lo alto.

- ¿Podría ayudarme? -se dirigió al desconocido, ensayando una sonrisa lo más dulce posible; luego, sin esperar a que el otro respondiera, añadió -: ¿Puede venir conmigo como testigo...?

-¿Testigo? - murmuró el otro inquisitivo, recorrido de nuevo por un estremecimiento, al tiempo que su frente se fruncía repleta de arrugas y entornaba los ojos como si se esforzara así por descifrar qué quería decir aquella palabra.

- No testigo para un juicio -le replicó la muchacha inmediatamente, añadiendo a la sonrisa una leve sombra de burla-, sino testigo para una ceremonia, para una boda.

- Está bien -dijo el otro-. Iré.

- Entonces, ¿puede esperarnos un momento? Lo que tardo en avisar a la gente de casa y volver... Mi casa está allí mismo...

Y señaló con el dedo en dirección al único edificio de pisos de la aldea, que se alzaba un poco más allá, detrás de un grupo de casitas colindantes con la plaza.

- Bien, aquí la espero - dijo él.

- Se casa mi hermana -dijo ella, como sin causa aparente.

- Que sea enhorabuena - dijo él y asimismo sonrió.

Mira partió volando, con andares ligeros y el alma igualmente aliviada. Por fin, después de llevar más de dos horas deambulando por el pueblo, al igual que su amiga Rita, en busca del segundo testigo que se precisaba para la ceremonia, y justo cuando su tarea empezaba a parecerle imposible, lo había encontrado a él. En la aldea vivían otras cuatro familias de deportados, pero una de ellas era la familia del novio y sus miembros no servían como testigos, mientras que el resto de los desterrados, a excepción de Rita, parecían tener miedo de tomar parte en aquel hecho, de modo que hacía días que, pretextando un motivo u otro, hacían todo lo posible por evadirse.

Ella, Mira, había salido aquella mañana con la esperanza de encontrar alguna joven de la aldea, alguna de aquellas muchachas que se habían mostrado asequibles y parecían no acobardarse de compartir su compañía y conversar, pues también había personas así en aquel pueblo pequeño y apartado. Su padre le había advertido que se afanaba en vano, pero Mira había insistido pese a todo y había salido. La mayor parte de las jóvenes a las que buscaba habían marchado a trabajar, pero incluso las pocas que había conseguido encontrar, o escurrían el bulto afirmando que estaban ocupadas con algún otro asunto, o le manifestaban con claridad que simplemente no podían acudir y que ella tenía que comprenderlo, incluso que ni siquiera debía haberles pedido que acudieran. Así pues, la boda iba a quedar para la semana siguiente, aunque también cabía la posibilidad de que tampoco para entonces hubieran conseguido encontrar un segundo testigo para la ceremonia, y de nuevo tuviera que posponerse y fuera arrastrándose así de una semana para otra; ella tenía incluso la sensación de que de este modo no llegaría a celebrarse nunca.

Y lo más grande era que los funcionarios de los órganos del poder aparentaban mantenerse al margen, como si procedieran con ellos lo mismo que con todos los demás, sin embargo era precisamente el miedo que de mil maneras alimentaba el poder lo que engendraba aquel vacío insalvable en torno a los deportados y lo obstaculizaba todo. Pero he aquí que, finalmente, Mira había encontrado a aquel ser estafalario, aquel espantapájaros viviente, medio hombre medio espantapájaros, que había brotado de la nada, como si hubiera surgido de un cuento, o tal vez del mundo de los duendes, expresamente para ayudarlos a ellos. Entretanto, a medida que se acercaba a su casa, se apoderaba de la muchacha el temor por la forma en que su padre pudiera acoger aquello cuando se lo contara, pues, siendo como era una persona de carácter difícil, podía reprenderla por haber buscado un tipo así, considerándolo una chiquillada inaceptable por su parte.